

ANTONIO ANSÓN, *Como si fuera esta noche la última vez*, Los libros del lince, Barcelona, 2016, 211 pp. ISBN: 978-84-15070-57-3.

Según un proverbio japonés, todo ser humano presenta tres facetas: una en compañía de los amigos, otra con la familia y otra consigo mismo. Esta última es la conciencia de uno mismo y la verdadera faceta. Cada vez se hace más difícil mantener la conciencia cuando adoptamos un papel en la vida, nuestra vida en sociedad, el cual acabamos por acatar absolutamente para engañarnos y creer que realmente somos lo que creemos ser.

Julia, mujer treintañera protagonista de la novela que reseñamos, mantiene un conflicto entre estas tres facetas que la llevará con el tiempo a ensimismarse cada vez más y a cansarse y desencantarse de la vida y del papel que representa. Quiere ser Julia incondicionalmente hasta tal punto que la trastorna por completo la vuelta de su antiguo novio en la universidad, Enzo, cuya vida en los Estados Unidos como biólogo a Julia se le antoja como exitosa contrariamente a su ocupación como profesora de biología en un instituto. A pesar de la vuelta de Enzo en busca del tiempo perdido y del amor adolescente, Julia insiste en hacerle ver que la Julia de hoy no es la de entonces. La de hoy ansía recuperar su alma, su ser, su identidad por muy irracional que sea, desprendiéndose de toda condescendencia a alterar su matrimonio.

*Como si fuera esta noche la última vez*, es una novela romántica publicada por Antonio Ansón (Villanueva de Huerva, Zaragoza, 1960), autor de otras tres obras narrativas: *Llamando a las puertas del cielo*, *El limpiabotas de Daguerre* y *El arte de la fuga*; de obras poéticas (*Pantys mortels*, *Este mensaje es para ti que tienes mucha soledad como yo* y *La misiva*); y de ensayos sobre literatura y fotografía.

Antonio Ansón, Profesor Titular de Filología Francesa de la Universidad de Zaragoza y fotógrafo, ha demostrado una gran capacidad para la creación de imágenes instantáneas y ha plasmado esta habilidad como consecuencia de su propósito de crear una *concordatio* entre literatura e imagen. Ha traducido, además, la novela *Islas flotantes* de la escritora surrealista Joyce Mansour.

La poesía se hace patente en esta novela a medida que el lector va avanzando en la historia y recreando en su mente el ambiente familiar en el que vive Julia, tan familiar que nos recordará la propia convivencia con hermanos, padres o hijos. La poesía emerge de la propia novela hasta tal punto que el propio autor pone en boca de Julia su punto de vista dentro de este campo través de palabras que intercambian los personajes:

Deberías escribir, el poeta biólogo. ¡Te lo digo en serio!, tienes un don para dar con la palabra precisa y que aquello que dices suene

imprescindible porque ha de ser de esa manera y no de otra, eres un romántico (Julia).

Esta novela constituye un gozo en mi opinión, ya que cada palabra está llena de sentimiento y, no ya de romanticismo, sino de la desesperación de una persona que busca la salida al callejón oscuro de la muerte y el olvido.

Julia parece estar arrastrando su existencia como una condena a vivir, sobre todo después de percatarse de un pequeño bulto en su pecho, que dará un cambio radical a su vida. La protagonista sufre de cáncer de mama. Este problema la empujará a dar el paso para ir liberando poco a poco su verdadera identidad para ser Julia y no la madre de dos hijos adolescentes y la mujer de un hombre al que no quiere.

Parece ser que el ser humano se engaña hasta tal punto que cree que la vida es eterna y que la muerte no acabará por llegar. Esto mismo ocurre con la protagonista que no se encuentra en absoluto alarmada ante ese bultito que anuncia una desgracia cancerígena, sino que se lo toma con calma, tanto ella sabiendo que lo que sucede no es un sueño y autoengañándose para sobrellevar el problema, como su marido y su hijo Fito, quien se lamenta de la muerte de su madre.

Cuando lloraban la muerte que ninguno quiso explicarme y que yo ya sabía mejor que nadie, entré a su cuarto, abrí el cajón donde guardaba sus cuadernos y me quedé con sus deberes. Los he tenido escondidos en mi mochila hasta encontrar el valor de perdonarle que se muriera y desenterrar mi tesoro para leerlos (Fito).

267

Ya habla de unos deberes, es decir, de los cuadernos donde escribía todo lo que pensaba y que había dado a entender a sus hijos que eran deberes, esto es, que se ve obligada a escribirlos para no morir olvidada.

Mis hijos lo entenderán. Y si no lo entienden, ya lo entenderán. Y si no encuentro ni el valor ni las fuerzas para dar un golpe de timón y cambiar de rumbo, reinventarme una vida o lo que quede de ella, al menos quedarán estas palabras para que entiendan a su madre y sean capaces de perdonarme (Julia).

Esta novela pretende ser una novela romántica pasional, aunque más bien se asemeja al ensimismamiento y el autoanálisis de una persona enferma que ha elegido una vida con la que no se siente satisfecha y se ve sumida en el pánico al ver que su tiempo es limitado. Julia se olvida de todo, tanto del amor como de su vida familiar, y se vuelca en sí misma, en su alma. Sólo puede ser Julia a través de las palabras, para darse a conocer como Julia. Además de escribir para su propia reflexión, aprovecha para hacer de su diario una despedida que considera imprescindible frente a la desesperanza y el pesimismo con los que vive.

Parte de la causa de este aburrimiento existencial de Julia o lo que Baudelaire llamaba *spleen*, se debe al mal de la vida en sociedad que requiere una de las facetas mencionadas anteriormente. Ella intenta ocultarle a Enzo su fracaso matrimonial que mantiene por

condescendencia hacia Juanma, su marido, a quien reconoce su afán por intentar hacerla feliz; también oculta el fracaso de unos objetivos incumplidos y la presión que ejerce sobre el individuo equiparar su vida a la de los demás, lo que en este caso hace Julia con respecto a Enzo.

Quiere estar sola y olvidarse de dar explicaciones, de la presión y las dos facetas restantes.

Me iría al fin del mundo, pero sola sin vosotros (Julia).

¿Y si estos cuadernos cayeran en manos de Juanma? ¿O de mis hijos más adelante? ¿Dónde quedaría la esposa, la madre que he sido para ellos? Tal vez sería mejor, sí. Que cayeran las máscaras de una vez por todas. Que por fin pudiera ser yo sin mí (Julia).

Julia quiere dormir para olvidar su vida, y piensa en cuál habría sido su vida junto con Enzo. Este conflicto ya había sido anunciado por Nietzsche con su "*amor fati*", esto es, un destino ya fijado por las circunstancias que ya no nos obliga a elegir para no sufrir pensando en cuál es la correcta elección; como en este caso se tortura la protagonista.

El libro comienza con la protagonista asomada al balcón observando el mar.

Hoy he visto el mar por última vez (Julia).

Este comienzo inaugura el soliloquio de Julia, que filosofa con la "vuelta", aportándonos una introducción al pasado que vuelve a ella, es decir, Enzo a quién tanto le había costado olvidar y al cual verá por última vez como el mar, antes de morir a consecuencia del cáncer. Ella no cree en el amor como lo hace Enzo, si no que trata de esquivar lo que es vulnerable y decadente como el ser humano, es decir, el amor, y presenta un visión desapasionada de éste.

La visión de Julia demuestra una separación entre el amor y el deseo, dado que intenta apartar a Enzo que "revive en ella la llama."

No es comparable el amor puro y maternal que siente por sus hijos Loren y Fito, especialmente por éste último, y el deseo que siente por Enzo, un deseo que nace de un recuerdo de la adolescencia y una tentativa que la invita a experimentar con la otra vida junto con Enzo que se le escapó de las manos. Julia insiste en hacerle ver esto a Enzo, aunque sin embargo, se entrega a sus besos ya que no tiene nada que perder ni tampoco dispone del tiempo suficiente.

En definitiva, no cree en la pasión sino en el autoengaño del cual emerge un amor postizo. El odio hacia el amor que ella siente se debe al recuerdo de su relación con Enzo, e hizo lo que cualquier mujer haría: olvidar al hombre que la hirió aunque lo que realmente desea es estar a su lado, de modo que quiere verse fuera del juego del amor que le hace sentirse absurda. A diferencia de su marido que la repele cada vez más, Enzo es más apasionado y supone una tentativa para ella difícil de superar.

Se podría decir que Julia desenmascara lo que es el deseo adornado por la poesía elegíaca ovidiana cargada de excesos eróticos y "amores" pasionales que no buscan más que la satisfacción del deseo. Aunque quiere verse fuera del deseo irracional, su actitud lo es constantemente ya que aborrece a su marido por ser una carga para ella, el ancla que le impide inconscientemente moverse y huir porque la quiere a pesar de su situación pero ella se siente endeudada ya que no responde con el mismo sentimiento.

La evolución de Julia es un tanto interesante y relevante, acabando en un egoísmo instintivo propio del ser humano ante una muerte tan cercana. El empeño de ésta por olvidar el pasado es obsesivo hasta tal punto que se propone olvidar a su propia madre que también murió de la misma enfermedad. A pesar de ello, le carcome el miedo a quedar relegada al olvido por sus hijos como ella misma hizo con su madre.

La protagonista afirma que es ella su propio cáncer y nadie puede curarla mientras siga siendo la Julia de siempre que hasta entonces no se había tomado la vida en serio ni le había preocupado morir hasta la certeza de una muerte venidera que la llevará al egoísmo y a las ganas de aferrarse a la vida y disfrutar de cada minuto en paz y tranquilidad, sin compañía ni responsabilidades; algo propio en el ser humano cuando se encuentra en un abismo entre el cáncer y la muerte.

Yo soy mi propio cáncer (Julia).

269

En fin, siente que debe complacer a todo el mundo y que su tiempo ha pasado en vano sin invertirlo en ella misma.

Por otro lado y como narrador testigo, es relevante la presencia de Fito en la historia, el cual representa el amor puro filial, obsesivo y egocéntrico en contraposición con el amor de Enzo.

Su hijo se convertirá en un segundo protagonista que aporta otra visión de los hechos y retrata la evolución de su madre desde una perspectiva pueril e inocente que mueve a compasión al lector, ya que supone el testimonio de un niño que ve derretirse a su madre como un terroncito de azúcar y el cual se hace cargo del único testamento que les libra Julia: el diario que durante los últimos meses se ha dedicado a escribir para poder volcar su identidad y darla a conocer a sus hijos sin tener que dar explicaciones; dar a conocer a la verdadera Julia.

La lectura de esta novela supone para mí la identificación con las sensaciones, emociones y pensamientos que Julia revela en su diario. No son ajenas a cualquier persona y son fruto del ensimismamiento que a menudo experimentamos.

En conclusión, es preeminente la situación de enfermedad y muerte en la que se bate Julia y no el amor que a mi parecer es una cuestión secundaria, de modo que calificaría esta novela como una novela psicológica y no una novela romántica, además de reconocer la calidad de cada una de las palabras que la componen dotándola de un aspecto poético romántico propio de la poesía y no de la narrativa.

A medida que avanzaba en la lectura de la novela, me ha dado la sensación de estar en el cine disfrutando de una de esas películas de Hollywood que en este caso se encuentra carente de ese final feliz, pero que despierta emociones y empatía por parte de sus espectadores, además de verme sorprendida por las buenas críticas hacia éste libro que deja mucho que desear desde el punto de vista pasional dado que la propia protagonista parte de una visión desapasionada del amor y la vida.

En definitiva *Como si fuera esta noche la última vez*, es una novela de autoanálisis bastante interesante, aunque sencilla, que recomendaría a los interesados en la exploración del alma.

*Iman Debakh*